



Pozo Cardona

ESTAS callejas, de aspecto berberisco, fotografiadas con singular acierto por «Pitos», se encuentran en los atrasares del lugar, dando al mediodía.

Sus nombres son de los buenos, de los que cuadran con la perspectiva de callejones cortados por muros terrizos y monótonos, de máxima rusticidad, en un suelo cualificado por las resultas que el uso le fué imponiendo.

Son dos cuadros, de aspecto musulmán, que remueven los sentimientos ancestrales de la raza. Tal es su hechizo misterioso de cosas que no existen, pero que sin embargo se perciben.

Esa pared de la portailla es un lienzo velazqueño. Enjalbegada sobre el desconchado, magnífica y sin huecos, tiene una espiritualidad extraordinaria, a pesar del estorbo de los árboles, que no podían darle nada, ni sombra, porque la tiene, y sí, en todo caso, hacérsela mala, como se la hacen, limitando su contemplación.

Esa pared, como las del cuadro inferior, son verdaderos espejos.

Una pared blanca, dicen que era para Leonardo el mejor espejo de la luz y del color. Y aunque en La Mancha no resalte tanto como en Andalucía la albura de los muros, ni estén tan rechinantes como allí, el silencio, el apartamiento que emanan de esa pared, nos habla de abstracciones imaginativas y contemplativas de